

## LA POESÍA ES UN ACTO EPISTÉMICO

¿Y el rol de la investigación en el pensamiento poético (sígico), en qué nos va? Pues admitimos que, en rigor, uno no piensa del todo soberanamente su problema, sino que es pensado por su objeto, es pastoreado por él. El pensamiento nos tiene. ¿De qué sirve adelantarse? ¿O sólo sería cuestión de esperar y dejarse coger? ¿Cómo pasar del in-vocar al pro-vocar?

De comienzo, cabe una pregunta demorosa, a saber, ¿qué resulta ser y en qué deviene el acto de investigar?

La *investigatio*, como ‘seguimiento de la pista o las huellas’, examina el *vestigium*, que no es originariamente sino la huella estampada por el peso de un pie de aquel (o de aquello) que avanzando se retira. Pero, ¿qué es lo que de suyo se retira? Por lo pronto, lo que da a pensar. ¿Y por qué da a pensar? Pues, en principio, precisamente porque se retira, sustrayéndose.

Aun más, tengamos presente antes que nada que si el término “investigación” significa ‘hacerse cargo de los vestigios (encontrados)’, entonces investigar será, por una parte, sopesar el paso de una presencia que se ausenta, habiendo dejado ahí su estampa, y, por otra, cavilar en torno a ese retiro de lo que se retrae en la omisión de su presencia.

Equivale, en consecuencia, a interrogarse qué es lo que estuvo ahí y ya no está, y por qué ha dejado de estar lo que ahí estuvo. Dicha retracción ha de ser pensada como fuga de nuestro lado, como di-vergencia.

Hacerse cargo, entonces, de la huella, sí, de lo que pide ojalá poder palparla (en su hondura y en su pendiente) fijar con ello el rumbo de dicho retirarse, pues se trataría de algo que pasa, algo que muda, algo viajante. Investigar, así, es también ir tras aquello que se nos retrae, en su búsqueda y persecución, y hacia su hallazgo. Concebimos a este último como destino, porque reconoceríamos lazos originarios con la radiación de su vacío. Esto implica recorrido, traslación. Peregrinaje, modificación del propio lugar por las elementos o inclementes circunstancias del arrojado. Como también implica recuperación o restauración del contacto con lo sustraído, aunque (en un sentido rotundo) nunca antes lo hubiere habido. Esto es, seducción, conquista, proyección. A fin de cuentas, proyecto.

Éste es nuestro breve manifiesto de trabajo para anunciar la poesía no sólo como creación de poemas, sino y sobre todo como disposición, como actitud, como prestancia, como cuidado (sabiendo dejar venir lo que ha de llegar) en el viaje creador y destinante del sistente que hace cosas y que, además, piensa en las cosas que hace.

**Fernando van de Wyngard / 2005**

# *lo inminente*

FERNANDO VAN DE WYNGARD

a aquéllos    a aquéllas    a aquéllos

definitivamente encontrados  
los unos resueltos    dados los otros

en el espontáneo flujo del metal fuera del espacio de su arte  
derramado y    tras el límite craneano  
en sólida tremadura y áfona    la quiddidad se establece

diciendo(se):

neuronas    reuníos en una caedena de fuego

arded

como una sola y gran herida    y seña

de que he encontrado salvas    las creaturas

algunos dentro de oquedades y las oquedades conteniendo  
agonizamos desconocidos

como si el género nos lanzara sin orden en la bravura estructural  
de la hoguera y faltos de sí constituidos y aún perimetrales  
cuidando en juro la llegada del quien viene roído por sus fasma  
vamos despejando camino al respirar cárneo de la locura

digo roído por sus fasma y demás mordeduras en que llega a ser  
a veces el instante

recintos perdidos son en buena cuenta los fosfóricos  
acontecimientos que embanderan la edad y la furia

nos escuchamos dando gritos retrospectivos

¿a cuántas fechas del socorro?

la escena se desagrega

torcido ya el curso del marear

mientras unos yacen definitivos  
(los) otros cuyo vértice se enciende contra su sombra genital  
arrojan despidos los vueltos del átomo que cesan y sobrecogen

los unos irreparables fermentos de los otros que acontecen  
dejan sus sillares para alzarse convenidos y en nuevas geometrías  
conversos expulsos detrás de sí contemporáneos de sus crías  
y de las crías de éstas ad infinitum todos presentes y caníbales  
no bien facultados de prevenir es que están en camino puestos  
y tallados en la potestad de saberse

la memoria gira infinita sobre un hecho nuclear vacío e inexistente  
desfondados vamos en travesía ante la hondura en que suele caber  
la totalidad del lenguaje relampagueando la cura y una tardía  
observación arquitectónica del trapecio del que nos prodigamos  
llameando como serpientes -el qué vaya acaeciéndonos sea lo neutro  
de lo cual no llevamos nota

nostálgicos unos expuestos al flujo corpuscular del recuerdo  
de esos otros aguardan peligrantes de su ser haciendo terreno  
allí donde los más pierden el sentido y los propios su propiedad  
mas de dónde repito de dónde el ánima espacia su orden su fase

con los ojos suyos idos saltados como peces voladores  
fuera del océano endiablado en órbitas elementales esta corporalidad  
va manifestando su rango en la maniobra de la propia súbita  
consideración hasta caer de sí ya de tal manera desoída

JULIO DE 1996

## POST SCRIPTUM PARA UNA OBRA BREVE

Inminencia: ¿inminencia de qué? Este es un modo de preguntar ilegítimo, que falla de entrada, pues quiere forzar un problema sin haberlo fundado previamente en cuanto tal. Por lo demás, agreguemos, este qué del que se pregunta, en cuanto padece una inminencia, bien podría quizás llegar a ser, por lo mismo, también, (lo) innómine.

Aquí el auténtico problema con que habérselas no sería propiamente el qué-sea lo que haya de acontecer, inminentemenete, sino más bien el cómo aquel texto poético (del que este post scriptum opera como contra-Introducción) se constituye en campo de una inminencia, en área de anuncio de esa llegada que dice nombrar.

Conquistar el estado de la pregunta, no cabe duda es, la más difícil de las tareas. Y no tanto así desplegar la revelación que invoca, ya que, con certeza se dice, una pregunta bien planteada contiene siempre dentro de sí su respuesta. La verdadera dificultad de esta tarea prefigura una sucesión de etapas consecutivas y consecuentes, cuya ruta consiste en avanzar por los actos de trazar, fundar, levantar, habilitar y –finalmente- habitar en cada caso, la pregunta. Hacia el cumplimiento de dicha habitación se dirige todo el ser de la preguntabilidad, como un llegar a vivir propiamente desde la herida de mundo que abre abismo en el suelo de lo real. Vale decir, no haciendo vivir la pregunta en uno, sino a uno en ella. Aquel cumplimiento de habitación supone convertir, así, la falta-de-lugar real del poeta justamente en su lugar: sea pues que en su profesión debamos reconocer la realización del principio de espaciamento.

El que sólo haya propiamente hablando, una única obra poética publicada en ya sobradamente cumplidas dos décadas (“El valle del murciélago”, Inicios de 1984, veinticuatro años de edad a la sazón) –hasta la presente-, obedece a una resistencia y a un buscado distanciamiento de lo literario,

cuya expresión eximia ha sido tradicionalmente la publicación libresca, el libro verificado como objeto trascendental de consumo. En aquel entonces se trató de una autoedición que quiso ir de mano en mano como un presente limítrofe, extremado, en el sentido de donar el objeto libro como acontecimiento y no como legajo. Rehuía de otorgarle, en este caso al habla, el estatuto de bien administrable bajo las exigencias de la mediación mercantil, cuya ley domestica inexorablemente y vuelve dócil a ese poder desatado en el minuto inherente de su generación.

Vano intento para un tiempo en que aún no terminaba de reconocer que el acontecimiento y, por ende, el propio oficio del hacer no es, de suyo, nunca aséptico. En cuanto registro disciplinario, se va descubriendo esencialmente sucio y contaminado, desviado y divergente. Y lo cierto es que estamos llamados en lo más profundo a desbordarlo. Para conjuración del sentido emblemático de la identidad.

En el paso de estos veintiún años (un vasto lapsus, por lo demás) de quehacer silencioso, ha habido dos momentos fundamentales. El primero, un tiempo de alguna manera tribal, ingenuamente crítico (forzados a confesar), pleno de exaltación histórica, vivido bajo la noción épica (formulada más tarde como tarea) de el hacer-ciudad, donde conjuntamente con el fervor de descentrar y diseminar el polo subjetivo del poder, tuvimos puesto el empeño en establecer tejidos relacionales y tender redes para el entonces desmantelado intercambio simbólico. En éste, insertos en el levantamiento ciudadano (del que nos sentíamos parte), nos entregamos autónomamente, en fin, a las muchas peripecias de la gestión cultural, aquella que se sostiene no sólo en la creencia de una cierta eficacia de las políticas de la enunciación, como tales: empuje de una humanidad; sino también en la suposición misma de que haya un otro lado de dicha enunciación, vale decir donde tras de sí exista constituida e integrada algo así como lo que denominamos una humanidad, con la que contar. De la fatalidad incubábamos no más que un presentimiento. Todo ese primer momento se vino abajo sin remedio, no sé si sorda o estrepitosamente, mas en cualquier caso indetenible, ya que el sentido antropológico mismo de su pulsión entró en colapso.

¿Para qué (i.e., en último término, para quién) publicar, entonces, si justamente fue la arquitectura de lo público la que se nos desplomó entre las manos sobre su propia fundación? Aquel cuestionamiento por la arqueología de la escucha ardió largamente como una escocedura, sobre todo en las partes más desolladas por el hastío. Falaz, el supuesto tan propio de los tiempos de modernidad de que entre obra y ágora hay una contigüidad que es posible surcar con el puro gesto ostensivo

-y animatorio- del editor. Un humanismo patético que, en la medida de su sepultación, me fue abriendo a la concepción de que la obra no se determina por una salida definitiva de lo privado a lo expuesto, sino que por el estar en el-ser-de-la-relación, por el estar en el circuito de una posibilidad. Experiencia y acontecimiento que, por necesidad, es siempre regional: alumbrar un lugar, habilitar una morada, espaciar.

El segundo momento de los mencionados, en cambio, se constituyó en un largo periodo eremítico, en un extenso proceso de desvinculación y falta deliberada de pertenencia – no del todo lograda, nunca enteramente cumplida-, precipitándome en él como en un destino, sustituyendo el hábito del lugar por el proyecto de la carencia: ocultar antes que todo el carácter, insignificarse, desperfilar el dibujo del poder y perder posición, hasta desequilibrar la figura. Una de sus consecuencias epidérmicas ha sido tornar fantasmático el propio pasado, desorbitando la memoria y descapitalizando el nombre propio. Trampeando, confundiendo, logrando pasar inadvertido –incluso ante uno mismo. Borrando sistemáticamente los rastros de esta deriva existencial.

Años de estudio de filosofía, entretanto, hilvanaron el desarrollo de ambos momentos. Y no hace falta decir que nos llevamos mal la institución y yo.

Por una lado estaba ella, la que busca cauterizar las heridas, la que se desea cauteladora de una ciencia (nada menos que ciencia de la verdad, o bien de la imposibilidad de ésta), la depredadora del animus, la del desamor al tono y al tempo de la lengua, la deserotizante, la que no cree en el estatuto vinculante de la palabra fundadora. Más bien, pretendiendo que la palabra sea un dispositivo transparente que desaparece

frente a lo real (que sería así significado), sencillamente no hace fe ninguna en el lenguaje. La sola excepción reglar de este disciplinamiento fue la figura filial de P.O. y su traza. Y por el otro lado –en sus antípodas- estaba yo, vale decir el propio pathos, llevándome por el filo alveolar de la demencia, donde hallé desangrados muchas veces los cuerpos a que dan lugar las distintas tramas pulsionales (cernida permanentemente la guadaña sobre mi voz) y, en ocasiones, también, huracanada la rosa de los vientos. Pero insistió la revelación, el espesor inaugural del lenguaje. Devine amante de la textura contingente de la experiencia: en tanto oportunidad de asistir a la continua escenificación primigenia. Y en esa tal respiración ya no me fue posible seguir sosteniendo que es el hombre quien posee el lenguaje, sino que terminé de rendirme frente al hecho de que es el lenguaje el que posee al hombre.

De ahí la decisión de poner el ánimo atento a los dos modos eminentes de la búsqueda, a saber: la investigación y la consideración, los que consisten originariamente, el primero, en hacerse hacia las huellas del territorio (los vestigios conducentes, la grammé de una pisada que se retira) y, el segundo, en estar vigilantes a los signos del cielo (la orientación estelar requerida por la travesía, los acontecimientos siderales, las constelaciones, el sino). Dentro de este todo significante, los gestos de investigar y considerar constituyen los modos recíprocos de poner la existencia en tensión hacia lo que de suyo se sustrae. Más ahora, donde tal sustracción se nos da que pensar, a partir del privilegio de esta época postmetafísica.

Si nativo en 1959 (en Santiago de Chile), ¿qué hacer, por Dios, de nuevo, otra vez presente en el impreso (por un gesto de mi propia mano, debo decir), cursando una edad desencantada? Sin embrago, propondría tomar los términos en sentido rigurosamente inversos: ¿qué no hacer, entonces a una edad que me libera de toda ansiedad de filiación y, por lo tanto de cualquier sanción al, interior de las nóminas del acontecer ilustrado? Pues sólo gracias a una súbita exaltación, a un excitado impulso de desprendimiento, de despojo y de objetivación (donde conducir al estamento objetual), que en este minuto existenciarío me posee – rompiendo con ello el extenso silencio autoimpuesto-, como una irrefrenable necesidad de evidenciar el flujo de que va de mi organismo hacia otro organismo que ha de ser necesario

(y necesitado) de encontrar, para cerrar el círculo de mi destinación frente a un mundo que no sabe como contenerme; sólo así –digo- parecerá posible restituir el curso de una circulación imposible. Una que brotara como la secreción arcaica (y de alguna manera rudimentaria) de una productividad, entendida originariamente en el sentido de poíesis. Vale decir, en el sentido de que la obra misma sea tanto más el proceso de su propia gestación que su posterior inscripción como producto. Y, así, por la restitución de esa imposible posibilidad, suceda que el demonio (el daímon) que me arroja a trabajar la notación de una serie interminable de enmarañados cuadernos de campo, se desplace transferencialmente a los ojos que se posen sobre esta huella y la “trabajen” (R. Barthes) o sean “trabajados” por ella (D. Anzieu), para alcanzar así, por la acción del gesto demoníaco de la multiplicación refrendada, el cuerpo conflictivo de esos otros que habiten, también, el suelo de la misma encrucijada, dondequiera que se hallen.

Y es que entiendo la poesía como un viaje epistemológico (o quizá deba decir, mejor: epistémico).

Esto es (a diferencia de una operación intelectual) el viaje en el que se busca persistentemente alcanzar el umbral, allí donde la contención de las combinaciones sintácticas del mundo que habitamos se inflexiona. A fin de cuentas, el viaje como obra, que no es otra cosa que la remodulación de sí en el seno de la devaluación constante del texto ontológico de la comunidad.

Mas, lo que rige la vida poética consiste, precisamente, en el ponerse cada vez y siempre en camino, y en el dejarse conducir por las señas que de él mismo emanan, que el mismo dona en su encaminamiento. Aunque, por cierto, pienso heideggerianamente en el hodós griego (la senda), acariciando, despues de todo, la última y decisiva frase que cierra la obra “Amereida”, que dice sencillamente, como si nada dijera: el camino no es el camino.

(NOTA: Aunque esta contra introducción fue escrita básicamente de inmediato a posteriori del cuerpo textual, da cuenta de la voluntad que me animó a romper el silencio, en esta misma estación, en el transcurso del año 1996. Sin embargo todas las indicaciones temporarias de períodos y duración han sido modificadas, acorde a la real fecha de edición, que no es sino aquella con que se sella la firma de estas líneas, en tanto vigentes.)